Un doctorado memorable sobre Guillén

CARMEN BOBES NAVES
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Recibido: 05/06/2023

Aceptado: 17/07/2023

RESUMEN:

Los trabajos de investigación desarrollados por el profesor Emilio Alarcos Llorach incidieron directamente en su magisterio universitario, tanto en los estudios de licenciatura como en los de doctorado. La base de su metodología se asienta en unos sólidos conocimientos de naturaleza lingüístico-histórica, en los niveles fono-fonológico, morfo-sintáctico y semántico, para, a partir de ellos, adentrarse en el estructuralismo. Del profundo conocimiento de la lengua estándar el profesor Alarcos aborda la descripción e interpretación del lenguaje literario, que, sin perder sus valores semánticos originales, se abre a nuevos mundos artísticos por medio siempre de los signos lingüísticos en su uso social, es decir, por medio de la palabra.

PALABRAS CLAVE: *Estructuralismo, Historicismo, Lenguaje estándar, Lenguaje literario, Gnoseología, Semiótica.*

A memorable doctorate about Guillén

ABSTRACT:

The research work carried out by Professor Emilio Alarcos Llorach had a direct impact on his university teaching, both in his undergraduate and doctoral studies. The basis

of his methodology is based on a solid knowledge of a linguistic-historical nature, at the phono-phonological, morpho-syntactic and semantic levels, in order to, on the basis of this, delve into structuralism. From a profound knowledge of standard language, Professor Alarcos tackles the description and interpretation of literary language, which, without losing its original semantic values, opens up to new artistic worlds by means of linguistic signs in their social use, that is to say, by means of the word.

KEYWORDS: *Structuralism, Historicism, Standard Language, Literary Language, Gnoseology, Semiotics.*

En el año 1950 llegó el profesor Alarcos a la Universidad de Oviedo. Los alumnos lo recibimos con curiosidad y esperanza. Su asignatura, la central de la carrera por entonces, era la Gramática Histórica de la Lengua Española y, dada la trayectoria de don Emilio, sabíamos que podía enfocarla de muchas maneras, desde diversos ángulos temáticos y metodológicos: a partir de la gramática tradicional con sus formas y contenidos; desde los conocimientos predominantes entonces de la historia de la lengua en todos sus niveles (fonético, morfológico, sintáctico o semántico); y también desde otro que esperábamos con mayor curiosidad, el estructuralismo, del que apenas conocíamos el nombre.

Yo estaba en tercer curso, cuya asignatura básica se titulaba precisamente "Gramática Histórica de la Lengua Española". Había sido precedida en los cursos comunes anteriores por todo tipo de Historias, de la Cultura, del Arte, de la Literatura, de la Métrica, de la Novela, del Teatro... Y desde la perspectiva cronológica, por la Historia de la Antigüedad, del Medievo, del Renacimiento, etc. Es decir, una inmersión absoluta en la historia.

El historicismo se había convertido en el método general de todos los estudios humanistas del siglo XIX, que llegó a llamarse "siglo de la Historia", y ese método se prolongó con fuerza hasta mediados del siglo XX.

Don Emilio enfocó sus explicaciones siguiendo el texto de Menéndez Pidal, *Gramática Histórica de la Lengua Española*. Sus clases nos ofrecieron seguridad (tan necesaria en los estudios literarios sujetos a toda divagación), pues analizaba fenómenos de evolu-

ción reales, verificables en los textos, sometidos a leyes que explicaban con precisión el paso de unas lenguas a otras, las diferencias en sus formas y sentidos. Desde luego, esas leyes se cumplían con excepciones, demasiadas quizá, pero todas las excepciones a su vez tenían sus reglas internas reconocibles y eran causa de nuevos cambios: por sustrato, ultracorrección, metafonía, acentuación, etc., etc. La sensación de que estábamos en unos estudios exactos y científicos la ponía un maestro seguro, que nos descubría hasta dónde llegaban las leyes generales y las particulares.

Por mi parte, era lo que necesitaba entonces para abrir posibilidades científicas al sistema de comunicación verbal, la lengua: tres cursos de análisis perfectos con un profesor seguro en los tres años finales de licenciatura me permitieron alcanzar la etapa del doctorado y pasar del profesor al maestro.

El mismo día que hice el examen de licenciatura, don Emilio me propuso como ayudante de clases prácticas y, a partir de entonces, seguí la ruta del doctorado con una trayectoria un tanto anómala, que partió de la toponimia romana y desembocó en la teoría literaria y la gnoseología de la lengua literaria.

Alarcos fue el maestro perfecto que me abrió los portales de la lírica. La lengua, sistema de signos para la comunicación social, resultaba ser un objeto con muchas posibilidades de lectura, movía verdades, realidades, era exactitud y cambios, daba estabilidad a la vez que sugerencias. En resumen, construía mundos nuevos, permitía no una lectura, sino muchas, que cada lector podía descubrir. Alarcos me mostró que el lenguaje, desde una perspectiva artística, era o se convertía en un sistema de signos que ampliaba los procesos de comunicación de los seres humanos; un mundo se descubría para el hombre, una función de la lengua, una nueva visión de la realidad, de lo nuevo, más allá de lo cotidiano. Era la vida de los signos en la vida social, enriquecidos por la imaginación, la fantasía, el artificio.

Esa fue la auténtica enseñanza magistral que don Emilio Alarcos me trasladó en sus clases de doctorado (1954) sobre *Cántico* de Jorge Guillén.

En esa coyuntura de clases magistrales sobre la lengua como sistema, se sumó la circunstancia de que me había casado con un filósofo del derecho, que me hablaba de la ontología de las leyes, de la metodología de los estudios del conjunto de signos que organizaban la convivencia social, y pensé que también el sistema de expresión y comunicación de la sociedad, la lengua, podía ser estudiada ontológica y gnoseológicamente. El estudio de la lengua en sus usos se abrió, con esta idea, a unas teorías amplias y diversas.

Las clases del maestro Alarcos siempre tuvieron como trasfondo las posibilidades de interpretación dadas a cada lector. Nunca nos dijo que las obras literarias abrían puertas hacia mundos nuevos; simplemente, sus clases abrían esas puertas para los lectores y para el estudio. Los versos de Guillén y otros parecidos en su estilo fueron leídos por el maestro, que nunca creyó en campos cerrados en la comunicación artística. Don Emilio fue el estudioso que no impuso lecturas porque no era necesario; su magisterio consistía en descubrir horizontes nuevos e invitar a ver, pero siempre desde la seguridad del conocimiento gramatical y de la capacidad semántica del texto. Alarcos era la autoridad que ofrecía su propia lectura a través de su propio método, el que su hijo Miguel denominó en su tesis doctoral “método alarquiano”, y que básicamente consiste en un conocimiento profundo de la lengua, de sus posibilidades, y del reconocimiento de las capacidades creativas del lenguaje para los lectores.

El verso ofrece sus términos verbales y, sin perder sus valores semánticos originales, nos introduce en un mundo nuevo, de belleza y de amplitud semántica y artística en sus relaciones:

Alguna vez me angustia una certeza / y ante mí se estremece mi futuro, / acechándole está de pronto un muro / del arrabal final en que tropieza // la luz del campo...

Las palabras directas, conocidas, incluso vulgares: *angustia, certeza, futuro, muro, arrabal, luz...* señalan, sin decirlo, el término

de la vida, un final del tiempo que se concreta en un muro blanco, símbolo de la muerte. Alarcos leía los versos de Guillén con la autoridad de un experto que los entendía y los interpretaba en mundos humanos de una forma convincente y clara. Su magisterio me enseñó a ver el verdadero proceso semiótico que cumple la literatura, y la amplitud de las comunicaciones humanas.

A partir de aquel curso, comprendí que una cosa es la palabra y su gramática, sus leyes formales, sintácticas, semánticas, sociales, etc., y otra cosa son los mundos literarios que, con las mismas palabras, crean relaciones a veces inefables en una función semiológica que nos lleva a otro universo: el de los sentimientos, la comprensión, el miedo, el entusiasmo y la creación. Este fue el magisterio de E. Alarcos en aquel ya lejano año de 1954.

Para el estudioso de la literatura Kant había propuesto la teoría del conocimiento natural y cultural; Dilthey la prolongó con las llamadas ciencias del espíritu; y Rickert denominó ciencias de la cultura a las que analizan el derecho, la historia, el arte, la literatura, etc. Un profundo conocimiento de la lengua y del arte se abrieron a partir de mediados del siglo XX a los amplios análisis de la lengua desde perspectivas emocionales y científicas. Y fue el profesor don Emilio Alarcos Llorach quien me descubrió los primeros horizontes de una sensibilidad que después, en mi trayectoria profesional, se orientó al conocimiento gnoseológico y semiológico de la lengua literaria.